



Algunos elementos para la investigación en historia



Absalón Jiménez Becerra

Profesor Universidad Distrital
Francisco José de Caldas

Y porque tengo la suerte de saber que en esta sala hay jóvenes decididos a consagrar su vida a la investigación histórica, les digo con plena conciencia: para hacer historia volved la espalda resueltamente al pasado, vivid primero, mezclaos con la vida. Con la vida intelectual, indudablemente, en toda su variedad. Sed geógrafos, historiadores. Y también juristas, sociólogos y psicólogos; no hay que cerrar los ojos ante el gran movimiento que transforma las ciencias del universo físico a una velocidad vertiginosa. Pero hay que vivir también una vida práctica. No hay que contentarse con ver desde la orilla, perezosamente lo que ocurre en el mar enfurecido. Cuando el barco esté amenazado no seáis como Panurgo, que se encució de varonil miedo, ni tampoco como el pobre Pantagruel, que se contentó con elevar los ojos al cielo, abrazó el palo mayor, e implorar. Hay que arremangarse como el hermano Juan. Y ayudad a los marineros en la maniobra.

Lucien Febvre,
Combates por la historia, 1992.

Las anteriores palabras de Lucien Febvre, ante un auditorio de jóvenes estudiantes interesados por la historia, resultan ilustrativas en lo que respecta al objetivo del presente artículo, cuyo interés es aportar algunos elementos iniciales de carácter metodológico en cuanto a una lógica de investigación en historia. De esta manera, la disertación que a continuación se presenta se divide en tres partes: la primera discutirá los elementos fundamentales de una lógica de investigación en historia; en un segundo momento se tocará el problema de las fuentes y sus recientes novedades; y en tercer lugar se discutirá un punto que, aunque polémico, es necesario: la subjetividad en la historia. Así, pues, partiendo del principio de que es imposible improvisar historiadores, los elementos que se desarrollan a continuación son el fruto de una serie de lecturas, apuntes, discusiones en grupo con los estudiantes y conclusiones para tener en cuenta en los cursos de metodología que se dictan en los niveles de pregrado.

La lógica de investigación en historia

En primer lugar, cuando se habla de la historia, en términos metodológicos, resulta persuasiva la discusión que esta disciplina ha generado en el marco de las ciencias sociales. Para historiadores como E. P. Thompson, la historia es *una humanidad venida a ciencia*; para otros, preocupados por la forma, como Handey White, es una disciplina *mitad arte y mitad ciencia*. Así pues, se reconoce que la historia, y particularmente la historia política alemana del siglo XIX, en el marco de la conformación de las ciencias sociales modernas, fue la primera de las disciplinas que se acercó al método científico. Immanuel Wallerstein, en este contexto, da a conocer que la historia se consolida con intenciones ideográficas; es decir, sus propósitos son más explicativos en torno de los acontecimientos del pasado, no siendo su prioridad el establecer hipótesis, leyes o teorías (Wallerstein, 1999: 18), aspecto que se ha mantenido hasta la actualidad. La historia, ante todo, sigue buscando la verdad en el pasado, pero no tiene la intención de establecer leyes o teorías.

En efecto, si la historia como disciplina parte con estas características —una ciencia social con método investigativo, pero que no busca leyes o teorías—, nos podemos apegar a la definición dada por uno de los fundadores de la Escuela de Annales, Lucien Febvre, para quien la historia *es el estudio científicamente elaborado del pasado* o, mejor, en sus propias palabras:

La historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras (el postulado es de sociología), actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades (Febvre, 1992: 40).

Al partir de este principio, el trabajo en historia, al ser científico, se acerca a un *método de investigación* y, por ende, a un problema investigativo, aspecto que demanda además el establecimiento mínimo de una *hipótesis* de trabajo. No obstante, el carácter de las hipótesis de trabajo en historia debe ser comprendido como el uso de pequeñas herramientas o *pequeños bisturíes* que sirven para indagar el pasado. Para L. Febvre, la historia, con estas características, debía ser problematizante, aspecto que se definió como *la historia problema*, acompañada de otra característica: el principio de la *interdisciplinarietà* en la historia y en las ciencias sociales en general.

La historia, como *objeto* inmediato de investigación, estudia el pasado humano; se interesa por el hombre en sus múltiples funciones, diversas actividades, preocupaciones y actitudes variadas que se mezclan, chocan, se contrarían y confluyen en un modo de vida.

Para abordar desde esta perspectiva la metodología de investigación en historia, resulta ilustrativo rastrear algunos de los principios establecidos, entre otros, por el historiador inglés Edward Palmer Thompson, quien en su clásica obra *Miseria de la teoría* (1981: 65), sugirió un conjunto de pequeñas fórmulas para tener en cuenta en lo que respecta a una *lógica de investigación en historia*, cuyo aspecto se hace necesario en la medida en que *las maneras de escribir la historia son tan diversas, las técnicas empleadas por los historiadores son tan variadas, los temas de investigación son tan desiguales y, por encima de todo, las conclusiones son tan polémicas y tan duramente controvertidas dentro de la propia profesión que resulta difícil aducir una coherencia disciplinaria.*

A pesar de lo anterior, la historia como una de las disciplinas más antiguas, con tres mil años de ejercicio, ha logrado consolidar su propia lógica de investigación disciplinar y su propio *tribunal de apelación* mediante el que se ha conseguido instaurar un consenso metodológico apropiado a fenómenos que están siempre en movimiento y que revelan continuamente contradicción, pero cuya evidencia se puede hallar en contextos específicos y particulares en el pasado, e interpretados desde el presente. En este máximo *tribunal de apelación* se ha logrado establecer una *lógica histórica*, entendida como un método lógico de investigación adecuado a los materiales históricos, concebido, en el mayor grado posible, para contrastar *hipótesis relativas* a estructuras y relaciones de *causación histórica*³⁶.

Así, pues, E. P. Thompson manifiesta que

el discurso de la demostración de la disciplina histórica consiste en un *diálogo* entre *concepto* y *dato empírico*, *diálogo* conducido por *hipótesis* sucesivas, por un lado, e investigación empírica por otro. El interrogador es *la lógica histórica*; el instrumento interrogativo, una *hipótesis*; el que contesta es el *dato empírico* con sus propiedades concretas (Thompson, 1981: 67).

El anterior principio básico de la metodología de investigación en historia exige de los historiadores un esfuerzo, ya sea inquietante, de problematización o de trabajo previo, antes de llegar a cualquier tipo de archivo o escenario en el que se encuentran sus fuentes o datos empíricos. De tal modo, el historiador se apropia de manera previa de la realidad pasada o coyuntura histórica que va a investigar. Partiendo de lo anterior, al historiador, antes de la consulta de los datos empíricos, se le sugiere elaborar una hipótesis, o pequeñas hipótesis

³⁶ Desde esta perspectiva, también compartida por Edward H. Carr, el estudio de la historia es el estudio de las *causas*. El historiador se pregunta continuamente el porqué de los hechos, y mientras espera dar una respuesta no hay descanso para él. Por lo demás, siente una compulsión profesional a reducir a un orden las causas establecidas, a instituir cierta jerarquía causal que fijará las relaciones entre unas y otras, con el fin de esclarecer la causa básica. Proceso que termina desarrollando el historiador, pues hablar de causas en la historia es hablar de multicausalidad. Ver Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?* Barcelona, Ariel, 1999, p. 148.

de trabajo, que le permitan desarrollar un *diálogo* o disertación con dichas fuentes. Sin duda, el historiador, una vez inicia su trabajo, nunca llega de manera *virginal* ante las fuentes, esperando que ellas hablen por sí mismas; es el historiador quien se apropia de ellas, las diserta y problematiza por medio de una pequeña pregunta o inquietud investigativa.

En esta propuesta de *diálogo* que desarrolla el investigador ante las fuentes, *la o las hipótesis* no son más que observaciones organizadas que permiten establecer cierto tipo de afirmaciones, preguntas o relaciones de causalidad, que con intenciones de indagación abordan el pasado para explicarlo en el presente.

La habilidad del investigador en historia consiste en mantener este *diálogo* en un ambiente de equilibrio entre las *hipótesis* y los *datos empíricos*. La verdad es que el historiador, al igual que cualquier otro investigador, se debe mover de manera equilibrada en el *filo de la cuchilla*, entre el concepto y el dato empírico, entre la teoría y la realidad, entre la categoría construida de manera previa y la consulta de la fuente. Por consiguiente, ni la hipótesis o concepto puede subordinar la realidad, ni la realidad puede hablar por sí misma, despreciando cualquier tipo de conceptualización y diálogo con la teoría.

Para comprender la lógica de la investigación en historia, resulta sugerente tener en cuenta los siguientes aspectos:

1. El objeto inmediato del conocimiento histórico se compone de los *hechos o datos empíricos*, que tienen una existencia real; no obstante, en la *lógica cognoscible* del historiador toman corporeidad.

De la anterior afirmación se deriva que los acontecimientos ocurrieron; no obstante, es el historiador, mediante la manera como problematiza el pasado, quien crea los hechos. En buena medida, la historia consiste en un cuerpo de hechos verificados, que dependen de una cuestión de *interpretación* (Carr, 1999: 56). Al respecto resulta ilustrativa la discusión de Eric Hobsbawm con François Furet en el libro de los *Ecos de la Marsellesa* (1992), en el que se suscita una polémica en torno de los acontecimientos de la Revolución Francesa. Para Hobsbawm, lo acontecido en la Francia posterior a 1789 es un proceso revolucionario liderado por la burguesía como nueva clase media, que materializó al liberalismo como ideología y propuesta económica, produjo un poder político ampliado y reafirmó la idea de una historia universal.

De otro lado, para Furet, la Revolución, como tal, no es más que un invento de los historiadores jacobinos y marxistas, pues hechos como la Toma de la Bastilla no produjeron grandes cambios y más bien atrasaron a Francia en su camino hacia la consolidación como democracia moderna. Para este historiador, los hechos ocurridos en el periodo comprendido entre 1789 y 1830 en nada

cambiaron a la Francia monárquica y tradicional del siglo XVIII; el sistema económico siguió siendo el mismo, la monarquía mantuvo su presencia en la sociedad francesa y la burguesía y el capitalismo en Francia se consolidan sólo después de 1840.

Desde la disyuntiva planteada por Furet, en momentos en que se celebraba el bicentenario de la Revolución, Hobsbawm nos aclara a los historiadores que ante los acontecimientos no existe discusión. En efecto, la Toma de la Bastilla ocurrió, como la irrupción del Tercer Estado, la declaración de los derechos humanos, la Asamblea Nacional, el Calendario, la guerra de 1792 entre la Francia revolucionaria y la coalición europea, la presencia de Napoleón, etc. Sin embargo, es en la manera como el historiador pregunta e interpreta los hechos –y en este caso, una suma de hechos– como se puede concluir lo ocurrido en la historia vista como un proceso.

Hobsbawm, al observar e interpretar la historia de esta manera y preguntarse acerca de la incidencia política de los acontecimientos franceses, concluye que éstos no se pueden leer de manera independiente a lo que se terminaría de materializar, no sólo en Europa, sino en el mundo a mediados del siglo XIX: la consolidación de la burguesía y el capitalismo. Los acontecimientos franceses aportaron, de manera sustancial, en el fortalecimiento de un proceso que, preguntado de cierta manera por los historiadores, terminó siendo revolucionario y universal.

Por lo demás, en este sentido, resultan ilustrativas estas palabras de Edwar H. Carr: “El historiador y los hechos se son mutuamente necesarios. Sin sus hechos, el historiador carece de raíces y es huero; y los hechos sin el historiador, muertos, falsos y sin sentido” (Carr, 1999: 76). De esta manera, la historia es vista como un proceso continuo de interacción entre el historiador y los hechos, un diálogo sin fin entre presente y pasado.

2. El conocimiento histórico es, por naturaleza, provisional e incompleto, aunque no por ello falso; selectivo aunque no por ello arbitrario, y limitado y definido por las preguntas formuladas a los datos empíricos o fuentes y, por tanto, sólo verdadero dentro del campo así definido.

Parece oportuno aclarar, en este aspecto, que el conocimiento histórico, al ser una expresión más del conocimiento social, comparte con éste sus características en el sentido de permanecer en una situación de continua construcción; por ello, es provisional e incompleto. Cualquier investigación histórica puede ser rediscutida posteriormente por otro historiador que, mediante otro tipo de preguntas o hipótesis, aborde de manera problemática esa misma coyuntura histórica o ese mismo pasado. Cada época o cada investigador puede proponer

nuevas preguntas a los datos históricos. En este sentido, la historia, considerada como la suma de los productos de la investigación histórica, cambiará y deberá hacerlo con las preocupaciones de cada generación.

El conocimiento histórico también es selectivo en el sentido de que es el historiador quien establece los temas o problema por investigar, establece el tipo de fuentes, archivos y escenarios investigativos, y plantea las hipótesis o preguntas con el objetivo de desarrollar el *diálogo* investigativo. Así, pues, el historiador es necesariamente selectivo. Por lo demás, este proceso no es arbitrario, sino más bien responde a una relación subjetiva del investigador con la realidad y con el pasado histórico que busca estudiar, abordado con una intencionalidad. En efecto, el historiador, antes de investigar el pasado se ha apropiado de un presente que le correspondió vivir, y que como una coyuntura más y como suma de múltiples presentes, cuenta con sus propias lógicas epistemológicas de apropiación de la realidad y de disertación frente al pasado.

Por otro lado, el conocimiento histórico es limitado y definido por el tipo de hipótesis o preguntas establecidas a los datos empíricos o fuentes, cuya relación establece y define *la validez* del conocimiento histórico. Por consiguiente, los datos empíricos pueden responder sólo a cierto tipo de preguntas formuladas por el investigador. Aspecto que al llevarse a cabo de manera adecuada valida el conocimiento histórico. En este sentido, al ser el principal *tribunal de apelación* la misma historia, las fuentes no pueden ser sobredeterminadas por las preguntas o hipótesis de investigación, pues esto invalida cierto tipo de trabajos. Los datos empíricos a los que acude el historiador tienen la propiedad de invalidar las teorías que no están conformes con aquellos. Por ejemplo, la intención hipotética de adecuar el marxismo a realidades históricas particulares (caso de trabajos como *La lucha de clases en la sociedad muisca*) o la especulativa intención en la historia colombiana de buscar proletarios donde no han existido, o establecer indicios del ideal o pensamiento anarquista presionando de manera poco equilibrada las fuentes, representan ciertos casos de invalidez que pueden sufrir las investigaciones en historia.

Lo que busca aclarar el anterior planteamiento es que cualquier tipo de noción, categoría, hipótesis o teoría utilizada en la investigación histórica, por una relación de *causación*, debe ser sometida a un *diálogo* disciplinado con los datos empíricos, comprobando que dicho concepto o categoría funciona. Para E. P. Thompson, sin duda los datos empíricos cuentan con unas características y propiedades determinadas, definidas por un tipo de preguntas apropiadas. La verdad es que la relación entre el conocimiento histórico y su objeto no puede entenderse en ningún caso en términos que supongan que uno es función del otro. El instru-

mento interrogativo y la respuesta son mutuamente determinantes, y su relación sólo puede entenderse como diálogo (Thompson, 1981: 69).

Las fuentes

Herodoto de Turios expone aquí el resultado de sus búsquedas, para que las cosas hechas por los hombres no se olviden con el tiempo y que las grandes y maravillosas acciones no pierdan esplendor.

Los nueve libros de la historia

Con la anterior mención del más antiguo libro de historia del mundo occidental, inicia Marc Bloch la discusión en torno de los documentos y testimonios puestos por el pasado a disposición de los historiadores, que, a su vez, se encuentran condenados a conocerlo únicamente por sus rastros. “En este sentido, la diversidad de los testimonios históricos es casi infinita. Todo cuanto el hombre dice o escribe, todo cuanto fábrica, cuanto toca puede y debe informarnos acerca de él” (Bloch, 1997: 55). No obstante, una de las tareas más difíciles con las que se enfrenta el historiador es la de reunir los documentos que cree necesitar y sin los cuales no podría fundamentar ningún tipo de investigación.

De esta manera, si el objeto inmediato del conocimiento histórico se compone de los datos empíricos, como se dijo en la primera parte, es decir, *las fuentes*, es importante aclarar que los datos y documentos son esenciales para el historiador, pero éstos por sí solos no constituyen historia. Sin embargo, la historia parte de una materia prima que el historiador trabaja con sus propias herramientas. Esa materia prima suele llamarse *fuentes*. Podríamos definir como tales, parodiando a Tuñón de Lara, “todo documento, testimonio o simple objeto que sirve para transmitir un conocimiento total o parcial de los hechos pasados” (Tuñón de Lara, 1984: 18).

Frente a la diversidad de fuentes y testimonios, es necesario que el historiador logre una clasificación práctica y operativa. Así, pues, mientras la prensa es una fuente importante para los dos últimos siglos; la internet, la fuente oral, la fotografía y la filmografía representan una serie de fuentes adecuadas para los que investigan el presente; los hallazgos arqueológicos, los restos monumentales, las piedras y los pergaminos se convierten en las fuentes dominantes para época remotas.

En general, las fuentes se pueden clasificar así:

En primer lugar, en escritas (manuscritas o impresas), en donde se encuentran los documentos públicos (de carácter político, económico, jurídico y estadístico); también, la prensa diaria y semanal; revistas, memoria y correspondencia manuscrita o impresa.

En segundo lugar, se pueden clasificar los testimonios orales: entrevistas estructuradas o en profundidad, individual o colectiva, las historias de vida, los testimonios y las charlas informales.

En tercer lugar, en la actualidad podemos ubicar a las nuevas tecnologías lideradas por la internet y fuentes magnetofónicas, tema que desarrollaremos más adelante.

En cuarto lugar, se encuentran las iconográficas: fotos, cine, diagramas, planos y mapas; y las obras plásticas: pintura, escultura, arquitectura, restos arqueológicos, monumentos y obras.

Otras fuentes, como la literatura, instrumentos del trabajo y útiles de la vida diaria, representan en ocasiones un testimonio o un vestigio importante del pasado.

En la actualidad, la reflexión de las fuentes se aplica incluso a la ausencia de los documentos, a los silencios de la historia. De tal modo, se debe elaborar un inventario de *los archivos del silencio*, y hacer la historia a partir de los documentos y de las ausencias de los documentos (Le Goff, 1991: 107). Ahora bien, a pesar de la anterior clasificación de las fuentes, que en lo fundamental sigue respetando la jerarquía establecida por Ranke, ocupando el primer lugar las fuentes oficiales, es decir, las escritas, es necesario flexibilizar dicha clasificación y establecer algunos cambios de acuerdo con la percepción de nuestro tiempo. En este sentido, se sugiere la siguiente clasificación:

Escritas (Manuscritas e impresas)	Documentos públicos	Políticos (actas de sesiones del parlamento), económicos (presupuestos del Estado), jurídicos (decretos y normas de carácter constitucional, civil, penal), cuantitativos (estadísticas, censos), etc.
	Documentos privados	De carácter familiar, hacendatario, industrial o empresarial, contabilidades (libros de cuentas, fotografías, <i>información de baúl</i>).
	Prensa: diaria, semanal	Revistas, memorias, correspondencia o impresos.
Fuentes orales	Entrevistas, historia de vidas y testimonios	Entrevistas estructuradas o en profundidad, individuales o colectivas; las historias de vida, los testimonios y las charlas informales.
Nuevas tecnologías	La Internet, fuentes magnetofónicas y demás medios masivos de comunicación	Fuentes y bibliografía de todo tipo, acceso a la información de manera inmediata.
Iconografías	Gráficas Obras plásticas	Fotografías, cine, diagramas, planos, mapas. Pintura, escultura, arquitectura, restos arqueológicos.
Otras fuentes	Elementos que dan testimonio del pasado	La literatura, instrumentos de trabajo y útiles de la vida diaria.

Por lo demás, y pese a las últimas innovaciones tecnológicas que más adelante trataremos de manera especial, la búsqueda y el hallazgo de *fuentes* no son una tarea fácil, sino que demandan un esfuerzo, *un espíritu detectivesco* e innovador en cuanto a la búsqueda de pequeños *indicios* o *pistas* que permitan reconstruir el pasado. Dicha búsqueda de indicios se hace necesaria en cuanto el conocimiento histórico se enfrenta de manera continua a un pasado incompleto en el que sobreviven apenas unos datos. Efectivamente, la historia es un gigantesco rompecabezas en el que faltan numerosos trozos, y mediante la pesquisa de las fuentes, el historiador las consulta, y sumado esto a una dosis de *imaginación*, que descubra las relaciones ocultas entre las piezas del pasado y de éstas con el presente, es como se pueden reconstruir o recrear esos vacíos.

En la actualidad, las fuentes formales del historiador, por lo general se encuentran previamente clasificadas o compiladas en archivos públicos, haciendo parte de ellos las bibliotecas, los catálogos de museos y repertorios bibliográficos de toda índole. Dentro de los archivos públicos existen los de carácter histórico y administrativo. En este sentido, la gran mayoría de información, en torno de la historia antigua o medieval, se encuentra compilada y clasificada en archivos históricos europeos; o en nuestro caso, la gran mayoría de información en torno de la historia colonial o del siglo XIX se encuentra clasificada en el Archivo General de la Nación, en archivos públicos regionales o en la Biblioteca Nacional. Para el caso del siglo XX, los pocos archivos públicos que existen compilan ante todo la prensa nacional y regional, o de manera fragmentada la historia administrativa del país en el aún precario Archivo de Presidencia de la República. En este sentido, prevalece una subordinación del historiador al tipo de fuente existente, que se encuentra previamente clasificada en los pocos archivos públicos que hay en el país³⁷.

Por otra parte, los archivos privados cuentan con un origen y contenido de carácter particular (familiar, hacendatario, industrial o empresarial, entre otros); son, además, de difícil acceso, y dependen para su consulta del visto bueno del propietario. Dichos archivos son importantes debido a que poseen información que no se consigue en los archivos públicos: contabilidades, libros de cuentas, fotografías, *información de baúl*. Por lo general, este tipo de archivos no ha pasado por un proceso de clasificación de los documentos existentes, a lo sumo se encuentran en un orden cronológico.

En cuanto a su recopilación, en nuestros días la fotocopia y el microfilme han simplificado la tarea material de reproducir la fuente una vez que ha sido hallada, pero existen todavía lugares donde el historiador tiene que copiar los

³⁷ Medófilo Medina denunció, hacia mediados de la década del noventa, la insostenible situación de descansar la investigación de la historia política del siglo XX en los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador*, demandando la ampliación de la pesquisa a otros archivos y a otras fuentes (Consultar: *Historia al final del milenio, ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Bogotá, Universidad Nacional, 1994: 481).

documentos de manera tradicional a mano, de acuerdo con el escenario o lugar donde se encuentre desarrollando la investigación.

En lo que atañe al tratamiento de las fuentes de tiempos muy alejados a los nuestros, el historiador comienza por asegurarse de la autenticidad de los documentos y de su verdadera fecha. En palabras de Tuñón de Lara, desarrolla un proceso de categorización “en una especie de ‘rejilla’ en la que tomando puntos de referencia y de comparación se podrá tener idea de su autenticidad y veracidad” (Tuñón de Lara, 1984: 20). Para esto existe el examen paleográfico y lingüístico del texto, la identificación de las instituciones o acontecimientos que puedan servir de referencia. En este sentido, todo dato o documento que se encuentre debe insertarse en una serie cronológica y en un conjunto sincrónico.

De otro lado, el historiador de épocas recientes, de manera particular el historiador del *tiempo presente*, no puede quejarse por la escasez de las fuentes. Como lo da a conocer Eric Hobsbawm, lo que caracteriza al historiador contemporáneo es el tremendo exceso de fuentes primarias, más que la escasez de las mismas (Hobsbawm, 1989: 20); esto lo obliga a clasificar la información, descartar los muchos datos que para el historiador, de acuerdo con su interés, son carentes de importancia, extraer los pocos datos relevantes y convertirlos en hechos históricos.

Así, pues, en la clasificación del tipo de fuentes dadas a conocer anteriormente, además de las formales, ante todo las escritas, han tomado fuerza en épocas recientes otro tipo de fuentes como las orales, la internet y las nuevas tecnologías en general. En este sentido, se reivindica en un alto grado de importancia la *fuentes oral*, que ha logrado superar cierto tipo de escepticismo, imponiéndose no solamente como una técnica de recopilación de información, sino que representa en la actualidad una concepción más democrática en la investigación. Para los investigadores tradicionales, obsesionados por la documentación, la desconfianza por la fuente oral se da por tres razones: la fuente oral no cuenta con una evidencia física, no es un objeto; por lo anterior, no garantiza una precisión cronológica; por tanto y como tercer elemento, la fuente oral se ocupa de temas tangenciales (Gwym, 1997: 151).

No obstante las anteriores críticas, para *los historiadores del presente*, la fuente oral poco a poco se ha ido convirtiendo en una necesidad en la medida en que las ciencias sociales tradicionales habían descuidado algunos temas de investigación y a actores sociales subalternos que no habían dejado evidencia escrita en el tiempo pasado y presente. En efecto, la historia oficial es la historia de los sectores letrados, de los que al saber leer y escribir manejaron una relación de poder y, por tanto, dejaron huella de su pasado. Afortunadamente, los secto-

res iletrados, mediante la tradición oral, la narrativa, el recuerdo y los refranes, entre otras muchas expresiones, han luchado por mantener su memoria.

La fuente oral se puede definir como una evidencia que se obtiene de personas vivas portadoras de una experiencia, que han hecho parte o son testigos de un conjunto de relaciones e imbricaciones sociales, expresadas en tradiciones y costumbres, reivindicaciones, luchas y formas de resistencia, que se han logrado mantener en la experiencia individual de los actores y en la memoria colectiva de las comunidades. De igual manera, la *fuentes oral* y el tipo de historia que de ella se desprende, reivindica la comunicación entre el historiador y los protagonistas de la historia y rescata la popularidad y los saberes populares (Vega y Castaño, 2000: 8).

Efectivamente, en el ámbito nacional, la *historia social* en los años ochenta, a la vez que reivindicó la voz de los sectores subalternos e iletrados (campesinos, trabajadores, informales, mujeres, negros, indígenas y mulatos, entre otros), demandó en la metodología de investigación en historia un proceso de flexibilización y modernización que contemplara la posibilidad de vías y fuentes investigativas alternas. La verdad es que mediante la fuente oral se trasciende la relación sujeto-objeto de las ciencias sociales tradicionales, y se pasa al plano sujeto-sujeto, en la que se reivindica la subjetividad de los actores y en la que no sólo el investigador es portador de una experiencia y un saber (ante todo el saber académico), sino que en el entrevistado existe una percepción de la realidad, una experiencia y un saber popular válido de ser escuchado y estudiado por la historia.

La fuente oral, vista como uno de los principales elementos que ayudan a perfilar una *historia del presente*, no está exenta del mismo diálogo que desarrolla el historiador con las demás fuentes. El historiador debe establecer exactamente los sucesos fundamentales de los que se ocupa en su investigación, pero esta pretensión no se puede aplicar de manera mecánica a la fuente oral. Ésta, por lo general, debe ser contrastada con otras entrevistas y otras fuentes; no obstante, en la fuente oral la principal ventaja es la posibilidad de recrear hechos, acontecimientos y situaciones del pasado que la fuente escrita es incapaz de ilustrar. En este sentido, son un buen ejemplo, con respecto a las ventajas de la fuente oral, las investigaciones de Arturo Alape basadas en testimonios, destacándose entre otras *El Bogotazo. Memorias del olvido*³⁸. Por lo demás, en esta investigación se ilustran situaciones y se recoge una serie de percepciones que la fuente escrita, entrando aquí la prensa oficial y los archivos judiciales,

³⁸ Arturo Alape, *El Bogotazo. Memorias del olvido*, Bogotá, Círculo de Lectores, 1985. También se destacan del mismo autor *Noche de pájaros*, Bogotá, Planeta, 1984; *Las vidas de Pedro Antonio Marín. Manuel Marulanda Vélez. Tirofijo*, Bogotá, Planeta, 1989; *Tirofijo: los sueños y las montañas*, Bogotá, Planeta, 1994.

no logran dilucidar frente al más grande acontecimiento social ocurrido en Colombia en el siglo XX.

En consecuencia, resultan ilustrativos los planteamientos que en este sentido desarrollaron Renán Vega y Ricardo Castaño, citando a Philippe Joutard. Ellos afirman:

Reconstruir atmósferas es tan importante, y a veces más significativo, que establecer con precisión la cronología de un acontecimiento, ya que implica captar las pulsaciones de la mentalidad colectiva, las dimensiones de la cotidianidad, los alcances de los mensajes ideológicos y políticos; en una palabra, el sentir colectivo de una clase social o de una parte representativa de la misma, así como de sus características culturales (Joutard, 1986: 16).

Por otro lado, en la *historia presente* las nuevas tecnologías están revolucionando el acceso a la bibliografía y a las fuentes de la historia, desbordando las limitaciones del papel para la investigación y publicación, y posibilitando nuevas comunidades globales de historiadores³⁹. La internet cobra importancia como una nueva y poderosa herramienta contra la fragmentación del saber histórico, si se utiliza de acuerdo con su identidad y posibilidades, esto es, como una forma interactiva de transmitir información instantánea de manera horizontal a una gran parte del mundo. La generalización de la internet en el mundo universitario y en el conjunto de la sociedad, como en la educación de los jóvenes, irá imponiendo una nueva historiografía como factor relevante de la transición paradigmática entre el siglo XX y el siglo XXI.

Por lo demás, como lo afirma el documentalista y bibliógrafo José Antonio Moreiro, otro de los aportes principales del computador es la gestión exacta y rápida de enormes cantidades de información, y el impulso de nuevos sistemas (sistemas de gestión de la información, bases de datos, etc.). Hoy no puede entenderse la actividad documental lejos del cultivo de las bases de datos y del procesamiento automático de los textos y de las imágenes. El computador es el apoyo permanente del documentalista para almacenar y recuperar los datos; las posibilidades de la informática tienen así un interés indudable para él (Moreiro, 2001: 22).

En términos generales, a pesar de estas novedades metodológicas, y como lo recomienda Alfonso Torres Carrillo, todo tipo de documento o fuente debe pasar por una serie de operaciones analíticas, desarrolladas por el historiador, que estén referidas al conocimiento y la crítica de las fuentes (crítica externa)

³⁹ En este sentido, es interesante el papel que desempeñan en la actualidad el grupo *Historia a debate*, liderado por Carlos Barros, en Santiago de Compostela, España, y el grupo liderado por Mario P. Díaz Barrado, *Historia presente*, en la Universidad de Extremadura. Ellos han logrado aglutinar a un número importante de historiadores en el mundo, discutiendo por medio de la internet este tipo de temas, desarrollando reflexiones metodológicas y conceptuales, y dando a conocer los resultados de sus investigaciones. Consultar por Internet la página de *Historia a debate* o la de *Historia presente*.

y para averiguar los conocimientos históricos a partir de ellas (crítica interna). Por un lado, la crítica externa comprende tres operaciones:

- La crítica de restitución, que busca eliminar errores de copia de un documento original.
- La crítica de procedencia, o conjunto de procedimientos para determinar fecha, lugar de origen y autor del documento.
- La clasificación crítica de los textos, que tiene como objeto distinguir los testimonios directos de los indirectos.

La crítica externa de las fuentes aún es válida en la actualidad, pues no podemos trabajar con datos que no sabemos si son auténticos, o con documentos de los que desconozcamos su origen temporal, geográfico y social.

La crítica interna de las fuentes busca verificar su veracidad intrínseca, luego de apreciar su contenido y el sentido de su texto. Comprende básicamente dos operaciones: la interpretación y la crítica de exactitud.

La interpretación o hermenéutica de las fuentes aspira a encontrar el contenido y sentido del texto, a partir de las consideraciones idiomáticas y las convenciones sociales de la época en que fue escrito o se produjo el documento.

La finalidad de la crítica de exactitud es el establecimiento veraz de los hechos. Hay que mantener una actitud de sospecha sistemática de los documentos, pues muchos de ellos fueron hechos para modificar versiones de los acontecimientos (Torres, 1993: 193-194).

En consecuencia, debemos afirmar que ningún documento es inocente; todo documento debe ser juzgado. El historiador debe saber discernir la falsedad y evaluar la credibilidad de un documento, debe disertarlo y desmitificarlo. Los documentos no se convierten en fuentes históricas sino después de haber sufrido un tratamiento que los reivindica o los desmiente como fuente fundamental de la misma historia.

Historia y subjetividad

No me siento nada embarazado, cuando formulo los resultados de mi propia investigación histórica, por ofrecer juicios de valor sobre el pasado, ya sea abierta o activamente o bajo la forma de ironías y apartes.

E. P. Thompson,
Miseria de la teoría, p. 72.

Si partimos del principio de que es el historiador quien crea los hechos por medio del tipo de preguntas o pequeñas hipótesis con que interroga a las fuentes, y que sus conclusiones son selectivas, incompletas y provisionales, en la medida

en que cada generación aborda de manera diferente y con diferentes necesidades el pasado, se concluye que la historia pasa por la subjetividad del historiador y por una relación dialéctica con un continuo presente.

Al hablar de *la subjetividad* nos referimos a la relación que cada individuo tiene con su entorno social, que, por lógica, es diferente. En esta medida, cada uno de los historiadores, al tener un diferente origen, una diferente biografía, familia, formación escolar, clase social y nacionalidad, entre otros muchos aspectos, desarrolla una diferente lectura de su presente, que se convierte en el principal puente para abordar el pasado. Cada historiador tiene su propia vida desde la cual examina el mundo. En este sentido, la subjetividad es vista como un conjunto de percepciones que un individuo o grupo tienen de su presente o de un determinado proceso histórico. Como es obvio, el historiador, como cualquier investigador social, por medio del mundo llega al conocimiento y no al revés.

Por otro lado, remitiéndonos a Hugo Zemelman, por medio de la subjetividad podemos indagar una amplia gama de aspectos de la vida social (espaciales, económicos, políticos, culturales, generacionales, corporales), ritmos temporales y escalas espaciales diferentes, desde los que se producen y reproducen redes de relación social, más o menos delimitadas, que desarrollan elementos culturales distintivos, a partir de los que los individuos refuerzan sus vínculos sociales internos y construyen una identidad colectiva que tiende a ser constante frente a otras (Zemelman, 1997).

Reiteramos, dicha subjetividad va tomada de la mano con el tipo de presente que le correspondió vivir al historiador. De igual modo, su presente, como suma de múltiples presentes, ha sido caracterizado por diferentes contextos culturales, grados de subjetividad e intersubjetividad de cada uno de los historiadores que lo precedieron. En efecto, los historiadores, al igual que la historia, son hijos de su tiempo, siendo el principal puente para interpretar el pasado el presente mismo. La verdad es que el historiador investiga el pasado con los ojos de su época, acompañado de una carga de subjetividad, buscando las claves para comprender su presente.

De esta manera, los hechos en la historia nunca nos llegan en estado puro; siempre hay un gran filtro y *una refracción al pasar por la mente de quien los recoge*; de ahí que el primer interés sea preguntarnos por el historiador que los escribió y no por el libro que contiene los datos. En consecuencia, resultan sugerentes las aclaraciones de Hayden White, que se define a sí mismo como un analista de la escritura histórica, y para quien la historia es una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa. Así, pues, la historia, en sus estructuras gramaticales, se encuentra acompañada de un modo de tramar

(romántico, trágico, cómico y satírico), un modo de argumentación (formista, mecanicista, organicista y contextualista) y un modo de implicación ideológica (anarquista, radical, conservador o liberal) (White, 2001: 39).

En una de sus obras centrales, *Metahistoria*, White aborda las elaboraciones y los estudios tanto de historiadores del siglo XIX en Europa (Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt), como de filósofos de la historia (Hegel, Marx, Nietzsche y Croce), identificando diferencias de forma en sus estructuras gramaticales, y ¿por qué no?, de fondo, en lo que respecta a la discusión de subjetividad planteada anteriormente. Cada uno de ellos elabora la trama de sus escritos de manera diferente, maneja una visión de la argumentación y, ante todo, la implicación ideológica, desde la que construyen sus escritos, es diferente y en ocasiones opuesta.

Jacques Le Goff, frente a esta obligada discusión, establece una distinción entre objetividad e imparcialidad:

La imparcialidad es deliberada, la objetividad inconsciente. El historiador no tiene derecho a perseguir una demostración a despecho de los testimonios, a defender una causa sea cual fuere. Debe establecer y hacer manifiesta la verdad. Pero le es imposible ser objetivo, hacer abstracción de sus concepciones de hombre, especialmente cuando se trata de medir la importancia de los hechos y sus relaciones causales (Le Goff, 1991: 32).

En efecto, la objetividad, como una de sus principales responsabilidades, se encuentra mediada por la imagen que de sí mismo tiene el historiador frente al grupo social del que se dice intérprete; su concepción de las causas del cambio social y la perspectiva social de porvenir que orienta su interpretación.

Si la imparcialidad no exige por parte del historiador nada más que honestidad, la objetividad requiere algo más. En este sentido, para Le Goff, la objetividad se constituye poco a poco, “a través de revisiones incesantes del trabajo histórico, las laboriosas rectificaciones sucesivas, y la acumulación de las verdades parciales” (Le Goff, 1991: 27).

Efectivamente, una manera de garantizar la objetividad es tener en cuenta los acumulados de nuestra disciplina investigativa, las continuas confrontaciones a las que se ven avocados el resultado de nuestras investigaciones y las fuentes por nosotros consultadas. Sin embargo, frente a la imposibilidad de dicho objetivo, debemos tener en cuenta que el pasado siempre ha sido, entre otras cosas, el resultado de un razonamiento sobre valores en el que el historiador formula juicios, ya sea abierta y activamente. Finalmente, se reitera que es el historiador quien establece los temas investigativos, indaga, clasifica y problematiza las fuentes, se apropia de ellas, elabora las hipótesis, desarrolla el *diálogo* metodológico y construye los hechos. Sólo nosotros, los que ahora vivimos, podemos dar un sentido al pasado con una intencionalidad desde el presente.

Bibliografía

- ALAPE, ARTURO. *El bogotazo, memorias del olvido*. Bogotá, Círculo de Lectores, 1985.
- . *Noche de pájaros*. Bogotá, Planeta, 1984.
- . *Las vidas de Pedro Antonio Marín, Manuel Marulanda Vélez, Tirofijo*. Bogotá, Planeta, 1989.
- . *Tirofijo: los sueños y las montañas*. Bogotá, Planeta, 1994.
- BARROS, CARLOS. *Historia a debate*. Santiago de la Compostela, España, had@cesga.es, <http://www.h-debate.com>
- BLOCH, MARC. *Introducción a la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- BURKE, PETER (editor). *Formas de hacer historia*. Barcelona, Alianza Editorial, 1997.
- CARR, EDWARD H. *¿Qué es la historia?*. España, Editorial Ariel, 1999.
- DÍAZ BARRADO, MARIO P. *Historia presente*. España, Universidad de Extremadura, www.uc3mes/uc3m/ins/Mu/curri-mario-diaz.html
- FEVRE, LUCIEN. *Combates por la historia*. Barcelona, Ariel, 1992.
- HOBBSAWM, ERIC J. *Los ecos de la Marsellesa*. Barcelona, Crítica, 1992.
- . *Sobre la historia*. Barcelona, Crítica, 1998.
- JOUTARD, PHILIPPE. *Esas voces que nos llegan del pasado*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- LE GOFF, JACQUES. *Pensar la historia*. Barcelona, Paidós, 1991.
- MOREIRO, JOSÉ ANTONIO. *Introducción al estudio de la información y la documentación*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001.
- THOMPSON, EDWARD P. *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica Grijalbo, 1981.
- TORRES CARRILLO, ALFONSO. *Iniciación a la investigación histórica*. Bogotá, Universidad Santo Tomás, 1993.
- TOVAR, BERNARDO, (coordinador). *Historia al final del milenio, ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994.
- TUÑÓN DE LARA, MANUEL. *Por qué la historia*. Barcelona, Salvat, 1984.
- VEGA, RENÁN y Castaño, Ricardo. *¡Déjenos hablar!*. Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, IDEP, 2000.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL. *Abrir las Ciencias Sociales*. Madrid, Siglo XXI, 1999.
- WHITE, HAYDEN. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- ZEMELMAN, HUGO. *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*. Colegio de México, 1997.